

INTRODUCCIÓN

FRANCISCO MOLINA MOLINA

Estimados amigos:

Hemos llamado a estas Jornadas «Defendiendo la Verdad», porque estamos en una época en la que parece que la mentira se está imponiendo. La mentira se repite de mil maneras diferentes y muchas personas se la creen.

Pero no porque una mentira se repita hasta la saciedad se convierte en verdad. Se nos quiere prohibir decir la verdad en aras de una utopía que se nos presenta como fácilmente alcanzable, en la cual podremos ser todos felices en este mundo. Es la utopía hedonista-consumista que surgió sobre todo en Estados Unidos en los años 20, cuando la producción industrial empezó a ser tan eficiente que ya era difícil encontrar mercado para todo lo que se producía y se decidió potenciar esa mentalidad para forzar el consumo. Desde entonces, la eficiencia de los métodos de producción ha ido aumentando de forma exponencial y hoy en día, si aplicáramos exhaustivamente la automatización de la que ya seríamos capaces según la tecnología existente, podríamos vivir todos razonablemente bien dedicando muy poco tiempo al trabajo productivo.

Esto ha llevado a considerar como muy cercano ese ideal hedonista-consumista, que consiste en alcanzar la felicidad a través del placer y el consumo. El placer se consigue a través de experiencias placenteras siempre variadas, según los deseos cambiantes de cada uno. Se consumen objetos, pero también se consumen experiencias. Según este planteamiento, cada uno tiene derecho a obtener las experiencias placenteras que desee, variando este deseo según la persona y sus cambiantes apetencias y fantasías. Esa satisfacción del deseo de placer debe ser inmediata, porque si no la persona se va a sentir infeliz y eso hay que evitarlo a toda costa, ya que se considera que eso es una especie de pecado contra los derechos del individuo. Además, la no satisfacción inmediata de los apetitos puede crear frustración y la frustración puede llevar a la agresión y eso desestabiliza la sociedad.

Este concepto de sociedad que se nos está intentando imponer con mucha presión implica que el ser humano no tiene otras necesidades que aquellas que pueden satisfacerse con los placeres. Hay un libro curiosamente profético, que es *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, donde se nos describe una sociedad de ese tipo que el autor describe como una utopía parecida a la que acabo de esbozar que ha conseguido realizarse. En ese mundo feliz que nos describe Huxley, hay que ser responsable en su trabajo, pero totalmente irresponsable en la vida personal. Se procura que el contacto con los demás sea agradable, pero se ve muy mal que se creen vínculos afectivos duraderos. La familia, por supuesto, no existe y la maternidad se ha sustituido no ya por los vientres de alquiler, sino por el embarazo in vitro, donde se desarro-

llan embriones resultantes de fecundación también in vitro a partir de óvulos y espermatozoides seleccionados.

Hay castas, que se crean a través del tratamiento mediante sustancias que se introducen en el frasco donde se desarrolla cada embrión y feto, y a través de esas sustancias se controla el tamaño y la inteligencia de cada persona, así como características que las hacen idóneas para desarrollar diferentes tipos de trabajos.

Existe una droga ideal, que proporciona una profunda sensación de felicidad y que supuestamente no crea adicción, a la que se recurre cada vez que no tiene una contrariedad.

Esta sociedad sería la muestra de que la felicidad total se puede encontrar en esta tierra, por lo cual sería necesario evitar todo lo que la pueda perturbar. Por supuesto que, en esa sociedad feliz que describe Huxley, pensar en la transcendencia no se admite, por lo cual la religión está prohibida. También está prohibido el arte, porque parece que nos sirve de vehículo hacia una realidad que nos trasciende. Pero curiosamente, en esa sociedad, aunque se proclama que todo está basado en la ciencia, también está prohibida la ciencia. Y está prohibida la ciencia porque es un camino hacia la Verdad, y la verdad es peligrosa. Puede desestabilizar la sociedad y poner en peligro la felicidad, que es el valor máximo.

Aquí es donde encontramos el valor extrañamente profético de esta novela.

He leído en algún lugar que el autor estaba en contacto con círculos donde ya se estaba empezando a cocinar esta utopía y simplemente hizo una crítica de la misma.

Nos encontramos en un momento histórico en el que se nos pretende imponer una ideología que, en un principio decía basarse en la ciencia pero que, cada vez más se aleja más de la misma, intentando imponernos por decreto y ley lo que a todas luces es científicamente falso. Aparte de la Revelación, en la que muchos no creen, la verdad se encuentra mediante la experiencia y mediante la razón, y la ciencia es una manera altamente sistematizada de búsqueda de la verdad mediante la razón y la experiencia.

Si consideramos que la ciencia es el estudio de la Creación y consideramos a la Creación como manifestación de la voluntad libre y soberana de Dios, tal como nos lo muestra el *Génesis*, entonces la ciencia es una manera de buscar la voluntad de Dios a través del estudio de sus obras. La ciencia, interpretada a través de la Revelación, es un camino excelente de la búsqueda de Dios.

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente» (Mateo 22,37).

¿Eran las personas de la novela de Huxley felices viviendo en ese mundo? Según el autor, la mayoría sí lo eran, sobre todo aquellos de las castas inferiores y menos inteligentes. No se cuestionaban nada. Pero había algunos que no, que intuían que había algo más, que necesitaban encontrarle un sentido a la vida. A esos se los desterraba a unas islas donde podían vivir su «chifladura» sin molestar a nadie ni poner en peligro la sociedad.

¿Es posible ser felices mediante los placeres y mediante el trato agradable con los demás sin buscar a Dios? San Agustín nos dice que no. Cada uno que decida.

¿Es posible ser felices sin buscar la verdad? ¿Es posible ser felices viviendo en la mentira? Hay algunos que, por

lo menos, lo intentan, les parece que lo pueden conseguir. A estos les molesta la verdad, los desestabiliza, dicen que les ofende. Por eso intentan reprimirla con todas sus fuerzas, quieren impedir que salga a luz y que se proclame abiertamente. ¿Lo conseguirán? Pues depende en parte de lo que hagamos, de cada uno de nosotros, de hasta qué punto estemos dispuestos a someternos a la mentira a cambio de una u otra conveniencia.

Pero no olvidemos lo que dijo Jesús: «la Verdad os hará libres».

¿ESTÁ LA TIERRA SUPERPOBLADA?

ALEJANDRO MACARRÓN

En los próximos años, cientos de millones de seres humanos morirán de hambre por la sobrepoblación. [...] Nadie podrá impedir un enorme crecimiento de la mortalidad (Paul Ehrlich, en su libro *La explosión demográfica*, en 1968).

La mayor parte de los estados de Europa occidental llevan camino de suicidarse, por la demografía, sin tan siquiera ser conscientes de ello (Michel Rocard, primer ministro socialista francés de 1988 a 1991, en la clausura de la «Conferencia de las familias», en 1989).

El problema demográfico de España es tan grave que, si seguimos así, España desaparecería. ¿Qué futuro tiene un país de viejos? (Juan Velarde Fuertes, economista y premio Príncipe de Asturias).

El miedo a que haya más población en la Tierra, o en un determinado país, de la que pueda permitir a la gente «vivir bien», es recurrente desde las sombrías profecías de Thomas Malthus, que expuso a finales del siglo XVIII en su libro *Ensayo sobre el principio de la población*. Malthus postulaba que la población crece en progresión geométrica –el tamaño de cada generación humana es el de la anterior, multiplicado por una razón o coeficiente mayor que uno, supuestamente constante–, mientras que los recursos necesarios para la vida, como los alimentos y otros elementos materiales, crecerían en

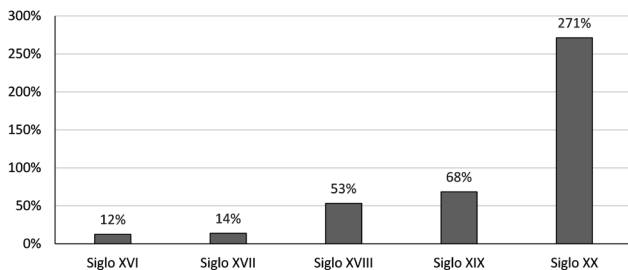
progresión aritmética, esto es, sumando a los existentes ahora ciertas cantidades fijas en un determinado lapso de tiempo. Como las progresiones geométricas, salvo que el coeficiente multiplicativo entre sus términos (la razón, que en este caso se aplicaría al tamaño de las generaciones humanas) sea apenas superior a cero o negativo, tienden a crecer más rápidamente que las aritméticas, el resultado acabaría siendo de hambrunas y escasez de recursos vitales para la humanidad.

Malthus acertó en lo esencial en lo primero. La población, efectivamente, crece de manera aproximada en progresión geométrica, aunque no con una razón constante. Incluso pudo quedarse corto en su idea del ritmo al que aumentaría la población, porque el radical descenso de la mortalidad a cualquier edad –en especial de la infantil y juvenil– experimentado en los siglos XIX y XX, y que prosigue en el XXI, ha conllevado crecimientos de la cantidad de personas vivas nunca antes vistos.

Fuente de datos: US Census Bureau, ONU	1500	1600	1700	1800	1900	2000
Población mundial estimada (millones)	500	562	640	980	1.650	6.127

Crecimiento por siglo de la población mundial desde 1500

Fuente de datos: US Census Bureau, ONU



En cambio, Malthus falló estrepitosamente en su hipótesis sobre el aumento de los recursos disponibles. Gracias a la ciencia, la técnica, la alfabetización y escolarización masivas, el Estado de Derecho, la economía de mercado y los demás avances modernizadores surgidos en los países europeos, occidentales, herederos de la tradición grecolatina e inspirados por los valores del humanismo judeocristiano, el ser humano ha sido capaz de generar muchos más recursos para su disfrute de lo que, en proporción, ha crecido la población desde los tiempos del agorero Malthus. En los últimos dos siglos, no solo se ha logrado que los recursos materiales también crezcan en progresión geométrica, y no aritmética, sino que la razón de esta progresión haya sido, en media, sensiblemente superior a la del crecimiento de las poblaciones humanas, lo que ha conducido a una prosperidad creciente, crisis económicas temporales aparte.

* * * * *

Utilizábamos al comienzo del artículo la expresión «vivir bien», ligada al número de personas que, por ser demasiadas, lo dificultarían o imposibilitarían. ¿Cuáles serían los grandes miedos relacionados al eventual exceso de individuos humanos? En síntesis, serían los siguientes:

- Que no haya recursos materiales (comida, ropa, vivienda, etc.) suficientes para todos. Este elemento «material» incluye elementos no vitales en tiempos de Malthus, pero sí ahora, como el petróleo o determinados metales esenciales para la industria, que podrían incluso agotarse.

- Que no haya espacio físico o hábitat suficiente para poder acomodar a toda la gente de forma razonable, sin hacinamientos.
- Que estallen frecuentes conflictos (guerras, revueltas, peleas violentas), porque la presión o densidad humana genere una tensión social e internacional insostenible.
- Que el deterioro producido por el hombre en el medio ambiente, por contaminar y deforestar la Tierra –en un efecto multiplicado por miles y miles de millones de individuos–, sea de tal magnitud que generemos graves e irreversibles daños en la salud medioambiental del planeta.

Sobre los tres primeros miedos (falta de recursos materiales, falta de espacio vital, excesiva densidad de población para una convivencia humana pacífica), cabe asegurar con rotundidad que, hoy por hoy, por lo que cabe observar, son por completo infundados.

En relación al espacio físico necesario para vivir, ciertamente, no parece haber problemas con la población actual. En tierras cultivables y/o aptas para ser habitadas, sin rigores climáticos extremos ni un relieve excesivamente abrupto, en números redondos, estimamos que habría en la Tierra casi 7.000 metros cuadrados «de buena calidad» por cada ser humano actual¹. En contraste, y a modo de ejemplo, en la ciudad de Madrid,

¹ La superficie del globo terráqueo es de unos 510 millones de kilómetros cuadrados. De ellos, el 71% son de superficies acuáticas. De los 148 millones de Km². restantes, tras consultar diversas fuentes, hemos estimado que alrededor de un tercio (unos 50 millones de Km².) reúne condiciones aceptables, buenas o muy buenas de relieve y clima para la vida humana. Y actualmente habría unos 7.400 a 7.500 millones de seres humanos.

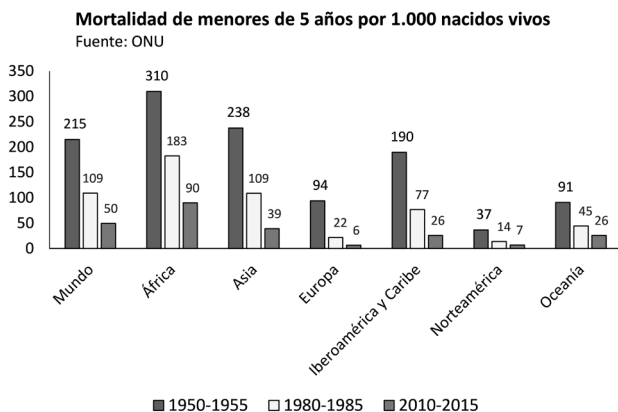
que no es una urbe donde haya mala calidad de vida por razones de hacinamiento, la densidad de población es de una persona por cada 190 metros cuadrados de superficie municipal.

En el mundo hay un porcentaje cada vez menor de pobres (de pobres «absolutos», o sea, «de verdad») y de analfabetos. La renta per cápita media y mediana tiende a crecer en todo el mundo, y lo mismo sucede con la esperanza de vida, en particular la infantil y juvenil, pero no solo. Y la esperanza de vida difícilmente puede crecer en un entorno de miseria creciente. Más bien al contrario. Su aumento indica que mucha más gente tiene acceso a una mejor alimentación, agua potable, calidad básica de vida, medicina moderna, etc.

En cuanto a las materias primas minerales, sus reservas conocidas son las mayores de la Historia, y su precio es moderado. Así, por ejemplo, el petróleo, a mediados de 2017, en moneda constante, está en precios inferiores a su media desde la Segunda Guerra Mundial. De haber expectativas de escasez, se dispararían los precios / futuros de las materias primas, y también el valor bursátil de las compañías cuyo negocio se centra en ellas.

También se nota el aumento del nivel general de vida en indicadores menos vitales, pero en absoluto irrelevantes, como la población con acceso a teléfono móvil o automóvil. Las estadísticas disponibles al respecto indican cualquier cosa menos escasez ligada a un supuesto exceso de personas. Así, ya hay aproximadamente un teléfono móvil por cada ser humano (niños y muy ancianos incluidos). Incluso en el África subsahariana, la zona más pobre del planeta, los índices de penetración de la telefonía móvil son elevadísimos, muy superiores a los

que había en países como España hace solo 20 años. En cuanto a los vehículos automóviles (coches, furgonetas, autobuses, camiones...), ya hay uno por cada seis seres humanos, proporción que era de uno por cada nueve en 1990, y de uno por cada quince en 1970.



NB. Incluso los datos de África de 1950 ya eran mejores que los de España en 1880, donde unos 475 niños de cada 1.000 no llegaban a cumplir cinco años, según nuestros cálculos con las tablas de mortalidad de la época.

Otro de los miedos tradicionales ligados a la superpoblación es que el exceso de densidad humana –y la escasez de recursos que conllevaría– nos abocaría a guerras, revueltas sangrientas y conflictos sociales violentos. Pues bien, tras las dos fatídicas guerras mundiales, y las revoluciones comunistas del siglo XX y sus mortíferos saldos, vivimos en un mundo con mucha menos incidencia «per cápita» de conflictos sangrientos y revoluciones cruentas que en el pasado. Y si nos fijamos en los homicidios, la tendencia a una menor mortalidad por